

table decisión.

Sin embargo de esto, y solo en calidad de consejo, si en algo quiere V. utilizar mi larga experiencia, tendrá sumo gusto en satisfacer á V., allanándole alguna duda su atento s. s. q. b. s. m.

Tamames. »

Después de esta carta, que yo agradeceré siempre al señor Duque, hice el mismo ruego á don Francisco Núñez, el cual se negó por tener necesidad de ausentarse de Salamanca al día siguiente.

Como observará el lector, no es tan fácil en esta tierra encontrar padrinos, cuando se trata de otra cosa bien distinta á bautizos y bodas.

Al siguiente día á las cuatro de la tarde, formulé mi pretensión á mi distinguido amigo don Marcial Viota, el cual hubiera aceptado con gusto la misión que le encomendaba si no hubiera recibido con anterioridad aviso urgente de Villarmayor, de donde es médico.

Finalmente, el día 25 me decidí á proporcionarle un disgusto á mi querido amigo don José de Bustos, confiándole mis poderes, no sin antes haber oído de labios de don Fernando Fernández de Córdova muy justas excusas que le impedían intervenir como testigo mío en la cuestión pendiente.

¿Al que obra como yo se le puede decir que esquivá y rehuye los asuntos de honra?

Si los firmantes de la carta dudasen de mis palabras, ahí dejo estampadas las pruebas concluyentes de la exactitud de las mismas.

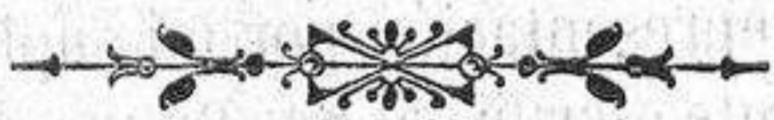
¿Es que le corria prisa al señor Arias y á sus representantes decir, no en la prensa, en *El Castellano*, que todos éramos unos cobardes, y que no acudíamos al terreno llamado del honor?

¿Ignoran los susodichos señores que los nombres no son igualmente aptos en el orden físico, intelectual y moral?

¿Desconocen que un endeble no puede ser mozo de cuerda, y que un esgrimidor de pistola y sable suele manejar la pluma burdamente?

Aparte esto, concluyo manifestando que he obrado con toda corrección en el asunto, y que desde que eché los caninos dejé de tener miedo al coco.

Enrique Hernández Gutiérrez.



DE COLABORACION

Crónica

El señor Rizorin

Por fin llegas, lector, al pueblo, y así que te has apeado de la cabalgadura, entras en la posada, descansas aquella noche, y, al amanecer, antes de que tu puedas despertar, oírás sonora, grave, incierta, la voz del señor Rizorin que te dice:

—¡Vamos, amigo que ya es hora!... Y tu instintivamente, quizás por un acceso de diligencia te pondrás de piés sobre el

viejo ruedo de esparto que la posadera te ha puesto ante la cama y... comenzarás á vestirme...

El señor Rizorin habrá desaparecido de tu habitación en el momento en que te vieras abandonar la cama y poco después, acaso cuando te halles haciendo la *toillette*, verás de nuevo al venerable anciano, que con magestuoso andar penetra en tu dormitorio y te dice:

—¡Señor, señor; abajo, en el comedor, le espera el chocolate... desapareciendo otra vez el señor Rizorin, que poco á poco va atravesando un largo pasillo de baldosas, produciendo un vago ruido al chocar sus viejas *chancas* de cuero contra el suelo, hasta que llega á la escalera, la que baja casi siempre dando trompicones... Tal es la costumbre poca que el señor Rizorin tiene de andar por peldaños.

Yo recuerdo al señor Rizorin, muy bien y paréceme estarle viendo, su cara tostada, enjuta, afeitada completamente, sobre la que ginetean verdes gafas de alambre, dándole aspecto de viejo maestro. Sus cabellos, blancos, nitidos, rizados, caen formando caprichosas espirales que llegan á cubrir por completo orejas y cuello. No tiene dientes, y de su desdentada boca, pende siempre fétida colilla, que poco á poco va quemándose, cayendo sobre el pecho del señor Rizorin, la obscura ceniza que el pequeño cigarro produce.

El traginea durante el día en los quehaceres del campo y de la casa misma. Igual ara una parcela de terreno que condimenta á la perfección, un guisado de palatas. Su mujer, una pobre señora, rechoncha, vivarachá, de grandes y orlados ojos, no puede ya trabajar... El asma la ahoga, y vive, con trabajo, sentada en una butaca que el señor Rizorin la ha colocado en el jardinillo de la casa, bajo los vetustos y corpulentos álamos, junto al estanque inmenso donde vegetan infinidad de peces de colores, traídos desde muy lejos exclusivamente para el estanque, al pié de los cipreses y de los augustos rosales, recibiendo con deleite y en íntima tranquilidad los retozos que en ténues perfumes emanan de las plantas. Allí vive la señora de Rizorin, allí se pasa la vida, oyendo el chocar de sus aves, el *¡au... u. au... u!* de su pavo real y las canciones de los ruiseñores que, de pasada se posan en los vetustos álamos del jardinillo.

Has terminado, lector, el yantar matutino, y ya tienes al señor Rizorin con un viejo carro tirado por dos soberbios mulos, cubierto con rojo toldo de paño, á la puerta de la posada dispuesto á llevarte donde te plazca, ora atravesando inmensas, interminables planicies castellanás, donde el señor Rizorin tiene sus diminutas propiedades, ora caminando por inclinadas pendientes y tortuosas cuestas, donde parece que el carro vá á volcar á cada momento. Y así que montado en el vehículo, deja atrás, muy atrás el pueblecito, que facilmente lo ves estumar se en la llanura, el señor Rizorin, con una amabilidad sumá y en lenguaje seco, rondo, te describe, te ensalza los alrededores de su pueblecito, con sus tierras y sus prados, con sus montes y sus eras, con sus hacedas y sus pequeñas fábricas de adobes, donde sus paisanos, hombres rudos, como él, trabajan de sol á sol.

El carro camina lentamente, y le pronto, el señor Rizorin, haciéndole parar, exclama:

—Hemos llegado... mientras cargando sobre sus hombros abultadas alforjas y

cogiendo á la mano gruesa cayada, dá un salto y baja del carro, disponiéndose á marchar.

Lo primero que ves es un viejo caserón orlado de chillonas pinturas, enjabelgado de blanquísimo yeso y rodeado de fuerte valla de alambre. En sus huecos de fachada hay unos herrumbrosos balcones, de los cuales penden rojizas palmas y secas olivas, y arriba, en la azotea, hay un palo sobre cuya punta descansa blanca jarra de barro.

Llegas al zaguán del viejo caserón, entras y, subiendo unas cuantas de escaleras, estás en el comedor; una habitación con un quinqué, seis sillas bastas y dos mesas una con platos, basos y cubiertos, cuidadosamente colocados, y la otra, limpia, sin nada, donde el señor Rizorin extiende las alforjas y se dispone á sacar las viandas de ellas para comer.

Ha llegado la hora de la comida y el señor Rizorin, que nunca falseó ni quebrantó el método de su vida, ha preferido parar el carro, subir á la casa de unos amigos suyos, y prepararte la mesa, para que comas á gusto, con comodidad, igual que en tu casa... ¡Enseguida iba á permitir el señor Rizorin que tú, lector, cualquier que seas, yantarás en el carro, incómodamente y sufriendo los volquetazos y los achuchones que su difícil marcha por el campo te proporcionaría!..

Va atardeciendo y ya estás de regreso al pueblo con el señor Rizorin, después que te ha llevado á ver todas sus fincas, una ermita de una virgen que está sola, el campo, y un torrente de agua que mana de entre unos peñascales, junto á la carretera y que según el señor Rizorin cura males del estómago, del hígado, de los riñones, de los pulmones, de los nervios, de los huesos y de qué se yo cuántas cosas más.

Tornas al pueblo cuando en el horizonte te comienzan á parpadear indecisas primeras estrellas, ante el magestuoso silencio del campo y ante la ruda tristeza que produce el anochecer.

Y cuando estás en la posada, ya en el cuarto, disponiéndote á descansar, sientes un vago rumor de infantiles cantos de quillos que corren, que saltan, que gritan fuertemente:—¡Señor Rizorin, señor Rizorin!..

La curiosidad te habrá hecho salir de tu cuarto é ir á enterarte enseguida de lo que ocurre. Entonces, ¡oh, lector querido! no puedes menos de gritar con efusión: ¡Bien, bien, señor Rizorin!—y bajar las escaleras y llegarte al señor Rizorin y abrazarle.

Reparas luego en lo que ves y axaminas aquella sala grande, blanca, limpia, con unas mesas largas colocadas en el centro encima de las cuales ves vasos, platos, cubiertos, raciones de pan, servilletas, y torno de ellas, sentados en fuertes sillas de madera, juguetones muchachos, impios, débiles; mozos secos, enjutos, tostados, llenos de sudor y de miseria; sucias chiquillas y haraposas mozuellas, con la inocencia en la mente y la desgracia en el rostro.

Y luego, preguntarás al señor Rizorin:—¿Qué es ésto, son criados, parientes ó hay alguna fiesta?

Y el señor Rizorin, sonriente, modestamente dirá:

—Tanto mi mujer, como yo, creamos hacer con esto una buena obra y disfrutamos mucho, dando de comer al que tiene... Experimentamos gran placer tener á nuestro lado niños que jueguen y salten y nos quieran, ya que Dios no

dió á... Per... no trabaj... y el... tienen... el cam... poco... ro, les... go... este m... buen... ¡Ay... tierra... que el p... le dire... Y ahor... simpat... ESC... Para a... que cu... liria rec... oral y m... pital, á f... y casa-... buya con... consig... de fe... Asimist... indust... esta... lillas, e... males del... de los riñ... públicos... suscri... dicho... elem... se les... en qu... mayor alic... concurr... como e... de la... También... explot... el ben... liria de... tauri... cuadrón... después de... toros; c... llado qu... años... una se l... preser... el esp... ado podr... manejo... pié... ejercic... y cir... En su... de espe... lar el... esto de... 50 cabal... 50 pts... Transpo... 750... Un carro... un caba...

50 monturas forma inglesa, caballería y rollos badana, faldón cuero avellana, á 25 pts. una, 1.250.

50 bridas, también cuero avellana, con sus riendas, falsa-riendas y bocado de hierro torjado, á 7 pts. una, 350.

50 almohadillas de grupa, á 1'30 pts. una, 75.

50 baticolas, á 1'25 pts. una, 62'50

50 pares de estribos de aro, hierro galvanizado á 0'75 par, 37'50.

50 pares de acciones de estribos, á 1'30 par, 75.

50 pares de espuelas con sus correas, á 1'50 par, 75.

50 lanzas, con su banderola, á 0'50 una, 25.

50 portamosquetones, á 0'50 uno, 25.

50 cubre capotes, 50 maletas y 50 mantillas de gala, 50 pts.

50 bandoleras, cuero avellana, con escudo dorado, á 1'30 una, 75.

Manutención de 50 caballos por término de cuatro meses, á razón de tres cuartillos diarios de cebada por cabeza, ó sean 372 fanegas, á 6 pts. fanega, 2.232

50 empajadas ó sean 3 arrobas diarias de harina de 5.ª ó sean 360 arrobas, á 2'50 pts. arroba, 900.

20 arrobas de paja diarias á razón de 10 libras por cabeza, 2.400 arrobas, á 0'35 arroba, 840.

100 juegos de herraje á 1'75 pts. uno, 175.

Botica y asistencia facultativa, 50 pts.

Jornal de dos mozos por 4 meses para la asistencia, limpieza y cuidado del ganado á 2'50 pts. diarias cada uno, 600 pts.

Efectos de limpieza, trabas, ronzales, compostura de arreos, cestos, cribos, palos, escobas etc., 300 pts.

Portes del ferrocarril de los efectos que se construyan fuera de la capital, 100 pts.

Gastos de anuncios, carteles 400 pts.

Imprevistos, 500 pts.

Total gastos, 16.747 pts.

Ingresos

Producto líquido de una función en la plaza de toros calculando 8.000 entradas á 1 pta. 8000 pts.

Subvención del Ayuntamiento, 2.000 pts, Suscripción de la industria y comercio, 3.000 pts.

Valor en venta de los caballos al precio de su coste en esta, 8.750 pts.

Idem del carro y arreos, 200 pts.

Idem de las monturas y demás efectos, á la mitad de su coste, 1.200 pts.

Idem de las basuras que produzca el ganado, 200 pts.

Total ingresos, 23.350 pts.

Resumen

Importan los gastos, 16.747 pts.

Idem los ingresos, 23.350,

Beneficio, 6.603 pts.

(Se continuará)

L. C.

JUGUETE

Ca la cual ha recojido su acta, más ó menos limpia, y á Madrid con el cuerpo Y las blancas se aprobarán inmediatamente.

Y las otras se calificarán de pronóstico reservado.

Y en aquella casa de socorro (léase comisión de actas) llena de ungüentos y ven-

dajes, cataplasmas y misturas, se compondrán las que tengan el médico de su parte, y las que lleven patente de pobres, al cementerio con ellas.

¡Y á esto se llama la representación nacional!

* *

Pues señor, aún hay rescoldo del pasado fuego electoral, y ya comienzan á soplarlo para hacer llama los candidatos presuntos del Concejo.

Y saludan y aprietan manos lo mismito que los otros.

Y ofrecen aceras, y credenciales de barreneros y de municipales, y bonos de pan en la venidera feria...

Pero la situación de nuestro Ayuntamiento es tan calamitosa, que no debe echarse á risa y á chacota las elecciones municipales.

Hay que llevar allí personalidades de altura, y el HERALDO se encargará de señalar aquellas que no lo sean.

Aunque tengamos necesidad, otra vez, de hablar del Código del Honor.

* *

Sin requerimiento de nadie, el simpático Sánchez Rojas ha publicado hoy explicaciones en *El Castellano*, que nadie le pedía.

Y comienza con muchos humos y luego... humo, para decir en definitiva que él no escribió tan célebre crónica de *Gente Joven* y que solo es responsable de ella su autor.

¡Qué amigos tiene, mi querido amigo don Fernando Iscar!

¿Es que el simpático Sánchez Rojas no quiere exponerse á que ande el Código del Honor con él á vueltas?

Si esas explicaciones aderezadas con bombos á *El Castellano*, único periódico que censuró á *Gente Joven*, eran necesarias, don Federico de Onís sabe escribir y él solo debió darlas.

El señor Sánchez Rojas pues, ha cometido una oficiosidad.

Misceláneas

El día 2 de Octubre, probablemente, se celebrarán los Juegos Florales en el teatro Bretón.

Algunas dificultades de escasa importancia, pero dificultades al fin, han motivado este pequeño retraso.

—0—

El Lábaro y *El Castellano* han aceptado el cambio con nuestra modesta publicación.

¿Quieren hacer lo propio los demás colegas?

Se lo agradeceríamos

—0—

Por unanimidad, y previos brillantísimos ejercicios, obtuvo ayer el premio extraordinario en la licenciatura de Filosofía y Letras, don Federico de Onís, uno de los jóvenes más ilustrados y de más claro entendimiento de nuestra Universidad.

A él y á su distinguida familia enviamos calurosa enhorabuena.

SALAMANCA

Patrio, Rodríguez y C.ª impresores
Rúa, 27 (frente á la Clerencia)

1905

ESCUADRON INFANTIL

(Continuación)

Para arbitrar los recursos necesarios que cubrir el presupuesto de gastos, se recabarse en primer lugar el apoyo moral y material del Ayuntamiento de esta capital, á fin de que facilite gratis caballería y casa-cuartel para el escuadrón y contribuya con una subvención de la cantidad que consigna en sus presupuestos para fiestas de feria.

Asimismo podría obtenerse del comercio, industria, fondas, figones, cafés, restaurantes, establecimientos de comestibles y empresas de ferrocarriles y carreteras, contratistas de consumos, puestos públicos, feriantes de baratijas, etc., etc. una suscripción voluntaria que contribuyese á dicho fin y es de esperar que todos estos elementos respondan al llamamiento que se les hiciera, pues nadie más interesado en que los festejos de feria sean del mayor aliciente ó atractivo, para estimular la concurrencia de forasteros, que favorezca como es consiguiente, los intereses generales de la población.

También podría recabarse de la sociedad explotadora de la nueva plaza de toros el beneficio inmediato que este festejo habría de reportarle, la cesión gratuita del terreno taurino para dar una función con el escuadrón en cualquiera de los días de feria, después de los señalados para las corridas de toros; cuyo festejo, á juzgar por el resultado que ofreció el que celebró hace algunos años el batatallón infantil, sin duda alguna se llenaría aquella de público con la presentación del escuadrón; pero para que el espectáculo fuera más grato y animado podría ejecutar aquél las maniobras de manejo de armas en que estuviese instalado, pié á tierra y á caballo, terminando con ejercicios de carousel y carreras de coches y cintas.

En su consecuencia y coadyuvando cual se espera todos estos elementos á señalar el proyecto, formamos el presupuesto de gasto é ingresos en esta forma:

Gastos

50 caballos ó jacas de 6 á 6 1/2 cuartas, 7.500.

Transportes de los mismos y gastos de fajas, 750.

Un carro de varas, con toldo y arreos para un caballo, 300.

